

Un deseo en la noche de San Juan

Todo estaba preparado. Después de dos semanas de idas y venidas; dejando el estudio un rato –con la disculpa de la sanjuanada- para recoger papel, cartón y todo lo que pudiera arder, iba a empezar el momento tan deseado. Miren se había puesto el vestido de cuadros azul y blanco que tanto le favorecía y –para poder saltar y hacer el corro alrededor de la hoguera- llevaba unas zapatillas de cordones. El ambiente era de fiesta y el sol ya se iba escondiendo dejando paso a la oscuridad que estaba esperando Martin tan vehementemente.

La noche del 23 de junio era muy especial. Los niños podían ir más tarde a casa porque una gran fogata se encendía cuando llegaba la noche; y como ese día era el más largo del año se les hacía siempre muy tarde. Martin no iba a poder quedarse hasta el final porque al día siguiente, muy temprano, se iba de vacaciones. Al pueblo, como cada año. Le habían dicho que no se retrasara y tan solo la mirada del padre bastaba para que así fuera. Como Miren no tenía pueblo (como ella solía decir con cierta envidia) se quedaría en el barrio a pasar el verano; lo mejor posible.

Había que conseguir la hoguera más grande: y por eso todos los chicos y chicas del barrio (bueno, de la barriada; que así se llamaba a las distintas zonas del barrio) echaban de todo a la fogata. Unos tiraban apuntes y otros los libros del curso que ya no usarían nunca más. Miren y Martin iban a distintos colegios pero como estaban en el barrio se veían a menudo. Todos sabían que algo había entre ellos dos, pero ni incluso Martin, decía nada. “Esta noche se lo diré”-pensaba Martin, sabiendo que no se atrevería.

Cuando ya estaba todo ardiendo algunos seguían echando libros; otros, cogidos de la mano hacían cadeneta rodeando la hoguera y mientras cantaban “Viva San Juan, Viva la sanjuanada, viva los niños de Torremadariaga” Miren vió en el suelo un libro (era de Martin) al que no le habían llegado las llamas. De forma aparatosa pero quedando su interior a la vista pudo ver un enorme corazón dibujado en el que ponía Martin por Miren. Le dio un vuelco el corazón y al levantar la mirada vió que Martin le hacía gestos para que fuera hacia él.

“Acabo de tirar mis libros” –le dijo Martin;” pero te he guardado éste porque igual te viene bien para el curso que viene... está subrayado.... Muy bien cuidado...”. Miren no oía nada, estaba muy nerviosa. Cogió el libro y lo apretó contra su pecho. Con el arrebol del fuego reflejado en su cara y mirando a la hoguera pidió su deseo: que en aquel libro encontrara algo más que hojas y palabras escritas. Y con el rubor que le producían sus pensamientos se despidió de Martin.

